

CESAR GAVELA

Sr. D. Antonio Pereira

Valencia, 23 de noviembre de 1994.

Querido Antonio:

Ayer al llegar a casa me encontré en el buzón un ejemplar de "Las ciudades de Poniente". Lo prodigioso del asunto es que estaba en el buzón el libro flamante, sin envoltorio alguno, como si lo hubiera introducido el librero por la escotilla postal. ¿Qué pasaría? ¿Que el envoltorio lo estropeó el cartero al meterlo dentro y optó por quitarlo y dejar el libro? No parece lógico. Que hiciera algo parecido algún vecino todavía menos. Que lo trajera el distribuidor es la única explicación y aún así me resulta extrañísimo, casi un cuento. Lo cierto es que me llevé una gran alegría por el libro, por el detalle y por la dedicatoria. Pero como no podrías esperar menos de mí, ya lo había comprado el pasado 31 de octubre y leído de un tirón el cinco de este mes, sábado del Señor. Ahora tengo dos y uno dedicado y debo decir que el primero lo busqué con ahínco desde que lo vi anunciado en la revista "Tribuna".

Mucho disfruté con su lectura. Qué pena que no hubiera otras 190 páginas detrás de las primeras. Algunos cuentos son sensacionales como por ejemplo "El asturiano de Delfina" (con su matiz sierra-pambleyano) o "La aventura de un fabricante de madreñas". Los gemelos "El encargo" y "Los preventivos" los tengo por bien cercanos y hermosos. El primero, el de la pintora, magistral y anunciando ese erotismo al que siempre se te ve saludablemente inclinado. "El final de Santiago Velasco" me emocionó. Los críticos han elegido también, por lo que leído en Babelias y similares "El revisor parado" y me uno al criterio. Tal vez sea el cuento más original de todos. Aun así, el más querido para mí siempre sería "El hombre de la casa".

Del lenguaje para qué te voy a contar. Cada renglón se llama Antonio Pereira. El estilo viaja en cada poro del papel, la voz propia: ese requisito sin el que no existe el escritor. Y cómo ya sabes lo que admiro a Cunqueiro, a Fole, a Carlos Casares... pues ahí está el mismo mundo inagotable al que yo también quisiera incorporarme, que en esas estamos.

Qué gran género es el cuento. Qué agradecido para el lector, que sugerente. Es

incomprensible como en España, digan lo que digan, no tiene la importancia que se merece. Yo creo que el cuento es mejor que la novela. El cuento tiene diez mil años y siempre que haya hombres habrá cuentos que contar y que escuchar. Nos alimentamos de ficción más que de ninguna otra cosa. A medida que avanzan los años, más ficción quiero, menos realidad de cada día, siempre abrasadora y trivial por su inminencia, por su repetición, por su nadería.

Entiendo que "Las ciudades de Poniente" es otra vuelta de tuerca a "Picassos en el desván". Es un libro más intemporal que aquel -para mí el mejor tuyo hasta este último-, más de maestro. No creo, Antonio, que nadie en España hoy escriba mejor los cuentos que tú. Los cuentos que me gustan a mí y a tantos. No es adulación ni patriotería. Venga el lector y lo vea. Venga Cunqueiro y lo declare con solemnidad mindoniense. Por cierto que ese obispo Balanzá era tío de un gran amigo mío y todavía compañero de trabajo en Valencia (digo todavía porque ya cumplió los 77), don Ricardo Muñoz Suay.

Geografía del cuento. De América, para mí, ninguno como Borges, y luego, enseguida, Juan Rulfo -tan distinto- con su magistral "El llano en llamas". Cortázar, lo siento, me aburre. Demasiado París, demasiadas cuerdas bonaerenses, demasiadas tías excéntricas. Yo sospecho que si aparece el mundo urbano en demasía, el cuento se resquebraja. Hay excepciones, claro. Debo reconocer que me gustan muchos cuentos líricos de Juan Ramón Jiménez. Me olvidaba del más querido de los no bercianos: Adolfo Bioy Casares. Ese también es grande. García Márquez, novelista de prodigio, el mejor para mí de los vivos, no acierta del todo cuando hace cuentos. Vargas Llosa probablemente es un "faulkneriano aburrido" como lo define Umbral, escritor que también admiro.

En España tengo la sospecha que del Duero hacia abajo y del Pisuerga hacia el este nadie sabe escribir cuentos. Igual que no sabemos torear en Galicia ni en las orillas del Burbia. Es una cosa de piel, y tal vez sea un privilegio el venir de mundos pequeños, apartados, observatoriales. El privilegio, también, de no vivir en esos mundos. De ese trasplante nace el cuento. De la memoria sobre todo. Es un juego maravilloso escribirlos y leerlos.

Hoy te llamé al teléfono que tengo tuyo de Madrid, pero sonaba una señorita de plástico que repetía que el número no existe. ¿Cambiaron los dígitos? Quería agradecerte el libro y charlar contigo, esta carta trata de sustituir la conversación.

Este año he escrito una novela corta (125 páginas) aprovechando la idea del primer relato de aquellos tres que mandé a León en 1990. Ha quedado un libro

gracioso y portugués. Ya veremos si algún editor pica, o algún premio, cosa harto dificultosa. Continúo con otra novela que escribo en sociedad con otro, un proyecto de locos que se acerca a su término. Y sigo con esos artículos en León y los retratos de La comarca. De éstos últimos he pensado en reescribir algunos, los menos malos, y darles la extensión que les toca, pues en la revista siempre han de tener seis folios y eso es un disparate pues unos se me quedan cortos y otros largos.

Y ahora viene lo más gracioso: después de leer "Las ciudades de poniente" se me ocurrió que tú fueras el protagonista del nuevo cuento para "La Comarca" y hace cosa de diez o quince días lo escribí, algo acuciado por el cierre, y lo envié a Ponferrada. En el número de diciembre saldrá. Casualidades.

No te mareo más, que ya está bien. Enhorabuena por tú libro -es uno de esos libros que deberían tener edición crítica en el futuro, ¿por qué no en Cátedra?- y muchas gracias por la felicidad que he compartido en esas páginas.